

Un artículo de l'Unamuno. Copiamos de "La Publicidad
del liberalismo de Ginepro de Casamonte"

"La Ven de Catalunya - 2 agosto 1916"



Malos días para cualquier español escri-
tor honrado que no tenga necesidad u
obligación de escribir. Malos días y no
muy buenos tiempos. Ahora sufrimos el
régimen de la mordaza, o sea la censura
previa. Y ejercida por ministros a
quienes no sobra inteligencia, y que
acaso ejerciéndola, se vengan de su in-
capacidad para pensar por cuenta pro-
pia.

El otro día me contaba Gabriel Miró
una cosa trágica. Y es que en un cierto
pueblo de España cogió alguien un águila
y para poder mostrarla más en segu-
ro le puso un bozal bien sujeto. Pero la
pobre águila se le escapó y anduvo unos
días volando sobre las cumbres y bajo
el cielo con su bozal al rostro hasta
que sucumbió de hambre. Debe ser hor-
rrible eso de volar con vuelo de águila
y con bozal. Pónenselo a uno para que
no hable, pero el que no puede decir lo
que siente i piensa, acaba por morirse
de hambre, a menos de que no sea mi-
nisterial u hombre de orden. Se muere de
hambre espiritual. El ministerial no, ese
no se muere ni puede morirse porque es
inmortal. Inmortal como la muerte. Y
además, como ni siente ni piensa, no
necesita decir nada.

Y no es solo que esos mal llamados
liberales, cuando no pasan de romanonis-
tas, no sientan ni piensen; es que odian
el sentimiento y el pensamiento. La con-
signa es la que fué de Guizot a la bur-
guesía francesa del tercer imperio: en-
riqueceos. «Enriqueceos, sea como fue-
re, pero no penséis, no opinéis.»

Preside a los consejos de la Corona
uno de los hombres más ricos de España,
lisiado y decrepito aunque no viejo,
que no sólo se enriquece sino aspira—
justo es hacerle justicia,—a que nos en-
riquezcamos también los demás españo-
les. Pero no espiritualmente. «Rara que
quieran pensar si se gana mejor la vida
sin ello» — debe decirse. El pensa-
miento es lo que estorba, porque es lo
que inquieta. Y aunque ese hombre haya
podido pasar por inquieto—mentira pa-
rece!—es el supremo apóstol de nuestro
quietismo. Su habilidad suprema hacer



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

El liberalismo de...



que hace y no hacer nada y prometer lo que sabe no podrá cumplir.

Y ese terrible materialismo — que no es otra cosa eso del liberalismo gubernamental — eunde como la rueda. «Por qué va a haber descontento en Cataluña? —me decía hace poco un catalán— aquí no falta trabajo, se cobran bien los jornales y hasta se hacen negocios con esto de la guerra; todo eso, pues, de las reivindicaciones catalanas y de la personalidad de Cataluña no son más que cosas de cuatro ambiciosos que hacen política.» Y había que percatarse bien del sentido que le dan los técnicos de ella, los políticos profesionales para los que la política sólo significa electorería y disfrute, director o directo, del poder. Que es el sentido liberalesco, o digamos más bien romanonesco, de la política. Pues nuestro liberalismo gubernamental o ministerial no és sino el más beótico materialismo.

¡Y es claro! esas gentes no comprendan, no pueden comprender, que en una región cualquiera espanyola, surja otra aspiración que la de enriquecerse materialmente y gozar materialmente de la vida. Eso de la personalidad no pasa de ser una invención de cuatro intelectuales, porque la persona jurídica no es más que el sujeto del enriquecimiento. Y si, por ejemplo, se hacen negocios a cuenta de la guerra, ¿para qué ponerse a pensar y a sentir respecto a su íntimo valor y de qué lado de los beligerantes esté la justicia? La neutralidad significa precisamente eso; inhibir-se de estudiar la justicia, para mejor poder lucrarse de unos o de otros.

Este lúgubre materialismo romanonesco, no aspira sino a matar las dos hambres, la del cuerpo enriqueciéndose por lo menos repartiendo destinos—esos terribles destiniillos con que el Destino nos castiga—y la del alma, la del pensamiento, o con el bozal o también con el destiniillo. Porque éste, el destiniillo, e incluyo en él un ministerio, suele ser un bozal. Aunque mejor vista la cosa hay que declarar que a las veces se le da a uno un ministerio para que se calle, para que deje de hablar, y no precisamente para que deje de pensar, porque aunque hablara no pensaba. Ni en rigor hablaba, sino que chillaba, lo cual es muy otra cosa.





En el Parlamento se hablaba algo aunque se dijese, es decir, se peticasase muy poco, poquísimos, casi nada. Pero hasta ese casi nada que se decía molestaba al materialismo quietista de los que aspiran no más que a enriquecernos y a destinarnos sea como fuere. Y habrá siempre el peligro de que un indiscreto desentonase saliéndose fuera de su papel. Porque por muy bien ensayada que esté la comedia y por bien que las oposiciones se sepan sus papeles puede salir un racionero por las de Pavía o tropezar en un mueble pintado y descubrir así la farsa. Y he aquí que llega a tiempo la huelga de ferroviarios. ¡Ni que el Gobierno la hubiese preparado adrede! No soy de los que creen esa ridícula leyenda de los atentados preparados y perpetrados por la policía, pero a las veces ocurren las cosas como si así fuera. Ni creo tampoco en la suprema habilidad de nuestro carísimo Mefistófeles. Es que Dios, en sus ratos de mal humor, cuando quiere probar a esta su España a la que tiene dejada de su mano, protege a Ginesillo de Pasamonte y no permite que don Quijote haga trizas el retablo de Maese Pedro.

La huelga vino que ni a posta. Se cerró el tinglado, Ginesillo recogió sus muñecos metiéndolos de nuevo en la caja y a veranear se ha dicho! Respiraron los fantoches. Y luego para que los otros no nos molestaran, como moscas de veraneo, la modorra de la digestión del destínillo vino el bozal, pero de modo que a través de él se pueda comer aunque no morder ni picar. Y eso de la previa censura. Con lo que en el fondo están encantados todos los que no piensan, que son los más. Pues para ellos, querer hacerles pensar en lo que pasa, querer hacerles ver donde está la justicia en esto de la guerra, v. gr., es molestarles gravemente. Es como darle a un leonuco un afrodisíaco; le produce irritación de diarrea.

Y en esto de la previa censura hay que ver quiénes la ejercen. Funcionarios romanonescos que defienden su destínillo al ejercerla y se excusan diciendo: son órdenes superiores! Cuando no aprovechan la coyuntura para vengarse en los que piensan de no haber podido ellos pensar. Es acaso el de la diarrea que cierra lo que se le antoja un lupanar.





O hablando más moderadamente hay que reconocer que los encargados de censurarnos previamente a los que pensamos y escribimos para el público que no se limita a enriquecerse no son funcionarios bien abastecidos de sentido crítico y del propio, aunque acaso les sobre el común. Y la sobra de sentido común produce siempre terribles diarreas mentales que le dejan a la inteligencia extenuada y en puros huesos.

Dicen que nuestras leyes no son malas. Pero ¡Dios mío!, los encargados de aplicarlas...!; los que viven del destino de llevarlas a la práctica...! Y no que sean duros, inquisitoriales, autoritarios, ordenancistas, no! Es que los pobres no saben por dónde se andan y detienen mosquitos inofensivos dejando pasar al que produce las tercianas. Y no digo a los camellos porque éstos son tan grandes que llegan a no hacer daño. No hay nada más averiado que el codazo de los censores.

Lo malo es que pasará esta púbra del verano y los empecatados intelectuales que no se avienen a que nos limitemos a enriquecernos y a hacer una España rica y alegre como unas castañuelas aunque se quede lisiada y decrepita, volverán con sus andróminas de la personalidad, individual y colectiva, y con su odio a todo lo que sea mantenerse neutral ante la injusticia. Y habrá algunos a los que no se les pueda acallar con el destiniño. El ideal gubernamental sería que todos ellos fuesen ministrables, esto es: sobornables, pero...

Malos tiempos para cualquier español honrado que tenga la manía de pensar para su pueblo. Pero todo esto no es sino accidental, ¿verdad, amigo Junoy?

MIGUEL DE UNAMUNO

